

LOS MUNDOS POSIBLES DE U. ECO

Por: Fabio E. López Díaz
felopezdi@unal.edu.co

Verán que el caballo no se menciona nunca. ¿Acaso visto que en el texto no aparece, ese caballo no existe en Sylvie? [...] En definitiva ese caballo en Sylvie existe. Existe en el sentido en que no es necesario que se diga que existe, pero no podría decirse que no existe.

Umberto Eco, [Seis paseos por los bosques narrativos]

Introducción.

Los debates filosóficos de los últimos treinta años en torno a los mundos posibles (sobre todo en el ámbito anglosajón), han generado un auge sobre este tema que, en ocasiones, diversos problemas de áreas tan disímiles como la aeronáutica y la literatura han tratado de resolverse invocando el recurso a esta noción. Respecto a su ambiente natural, es decir, al área de discusión en donde por primera vez los mundos posibles fueron tematizados, tanto la filosofía como la literatura se disputan dicho privilegio. Sin embargo, hay serios indicios que nos muestran cómo Leibniz ya hacía uso de la idea de mundo posible en su Discurso de metafísica; en fin, más allá de la anécdota, lo cierto es que filosofía y literatura vuelven, contemporáneamente, a verse convocadas alrededor de este concepto a propósito del trabajo del filósofo y semiótico italiano Umberto Eco a cuya "versión" está dedicado este ensayo.

Para efectos de lograr una exposición completa acerca de este tema en la obra de Eco, es necesario considerar la importancia filosófica de los mundos posibles, aún a pesar de que la segunda parte de este trabajo ha sido dedicada a la discusión filosófica suscitada por la versión bastante "singular" que ofrece el semiótico italiano. A partir de los años veinte, del presente siglo, los estudios sobre lógica se concentraron en el cálculo proposicional modal iniciado con las investigaciones de C. I. Lewis, especialmente.¹ Estos aportes generaron una discusión de más de una década en torno a la formulación de criterios de consistencia en conjuntos arbitrarios de enunciados, en este sentido la distinción entre oraciones y enunciados fue fecunda a la hora de tener en cuenta el aspecto realizativo y contextual en la que se ejecutan dichos enunciados y no solamente el orden y el tipo de palabras en ellos usadas como es el caso de las oraciones. Incluso ha llegado a ser bastante difundida la tesis según la cual las propiedades lógicas dependen fuertemente de las relaciones entre enunciados más que del aspecto oracional.² Además de esto, la lógica modal ha centrado su investigación, durante un buen período (especialmente entre los años cuarenta y cincuenta),³ sobre el uso de ciertos verbos -saber, creer, pensar- y sus correspondientes operadores epistémicos. Mucho de lo alcanzado en esta línea ha dependido de los aportes que la fenomenología y la epistemología han hecho desde la famosa tesis sobre la intencionalidad de Brentano en el siglo XIX.¹ A partir de estos aportes se ha reflexionado, frecuentemente, no sólo alrededor de la descripción de la operación lógica de los demarcadores modales, sino del papel jugado por los contenidos intencionales los cuales son, al decir ciertos filósofos, característicos de las actitudes proposicionales. Desde otra perspectiva, que nos devuelve

a la lógica, Bertrand Russell y Alfred Whitehead con su *Principia Mathematica*, contribuyeron indirectamente al desarrollo de las lógicas modales y sus implicaciones epistemológicas a través de su teoría de los Tipos Lógicos (donde están inscritas nociones fundamentales para el cálculo lógico como la extensionalidad y la intensionalidad),² nociones sobre las que se vuelve más adelante.

Los mundos posibles tradicionalmente han sido asociados a problemas típicos de la semántica filosófica tales como los contextos referenciales y su relación con el estatuto ontológico de la ficción, o la relación entre causalidad y acción, por ejemplo; a su vez ha permitido el desarrollo de modelos lógicos como la Teoría de Modelos y ha sido piedra de toque en las discusiones en torno a la cuantificación modal. En los últimos años y paralelo al desarrollo de investigaciones en psicología y neurociencia se hace necesario revisar la noción de percepción en su relación con el campo conceptual la cual ha involucrado la discusión sobre los mundos posibles.³ Menos conocidos, en el sentido en que han sido menos explorados en el campo estético, son los trabajos de Nelson Goodman quien se vale de los mundos posibles para plantear interesantes discusiones en el campo de la estética y del conocimiento.⁴

Hasta aquí he venido señalando, de manera no exhaustiva, diversas exploraciones que en el campo de la filosofía han venido haciéndose a lo largo de estos últimos años; el sentido de esto es mostrar que el tema no sólo no es nuevo ni traído de los cabellos como pretende insinuar U. Eco en su *Lector in fabula*.⁵ En efecto, si bien en el uso corriente de nuestro lenguaje nos vemos constantemente abocados al uso de metáforas de las que, justamente, no explicitamos su uso; en el caso de muchos textos teóricos, y en el campo de la filosofía especialmente, el uso de las metáforas tiene efectos económicos y heurísticos que mantienen su valor en la medida en que dichos textos hacen pocos, pero eficaces esfuerzos, por explicitar el uso de la metáfora en cuestión. Es difícil sostener, por lo menos en términos teóricos, por qué el uso de la metáfora "mundo posible" en el contexto de la semiótica textual es más eficaz o provee de un *bon sense*, del cual está completamente distanciado, y condenado al fracaso, el filósofo.

Este ensayo es una lectura, desde la perspectiva filosófica, de la versión sobre los mundos posibles en la obra de U. Eco. Esto significa que la lectura aquí ofrecida se escurre entre los matorrales de la terminología filosófica, desenganchando en algunos momentos los conceptos introducidos y/o redefinidos en la exposición de Eco, el fin primordial ha sido valorar y sopesar hasta qué punto su oferta de no inmiscuirse con la noción filosófica fue alcanzada. A través del ensayo considero que he logrado mostrar la precariedad de la estrategia de alguien que no deja de contar con la literatura filosófica, para crear ciertos «efectos de sentido», y que resulta poco convincente en sus argumentos sobre su toma de decisiones teóricas a través de breves explicaciones. La pregunta que ha motivado este trabajo tiene que ver con el "síndrome de las imposturas intelectuales": ¿Qué pensaría U. Eco de un filósofo (temerario obviamente) que se presentara diciendo voy a hacer un estudio filosófico en el cual hago uso de la semiótica pero prevengo a mi público lector de dos medidas que he tomado -léase decisiones teóricas-: Primero, dicho término no tiene nada que ver con lo que entiende la semiótica por el término homónimo y, segundo evocaré, además de recurrir a más de un semiótico reconocido, ciertos conceptos y procedimientos "propios", de la semiótica aunque enrarecidos dado el contexto de mi trabajo? Por esta razón, mi discusión no ha sido presentada en términos semióticos, sino en los términos en los que generalmente me desenvuelvo haciendo pequeños aportes, entre explicaciones y preguntas, sobre lo que hace Eco con los homónimos filosóficos; siempre tuve en mente el derecho que se otorga

al lector de realizar dicha indagación ya que, como él mismo afirma, tomó ciertos términos filosóficos "prestados".

En lo que sigue me gustaría esbozar el recorrido llevado a cabo a lo largo de este ensayo. La primera parte ha sido dedicada al examen, en *Lector in fabula* y en *Los límites de la interpretación* especialmente, de la concepción de Eco acerca de los mundos posibles, allí dejo sentadas las bases para comprender por qué el autor dirige su mirada a los mundos posibles, bases que, a mi modo de ver fueron decisivas para comprender las decisiones teóricas que el autor tomó en relación con la filosofía. En la segunda parte creo haber dejado en claro las deudas filosóficas que Eco contrajo, aún a pesar de querer asumir, como dice Putnam, la perspectiva de Dios. Si bien mi crítica es sesgada y sometida al recorrido filosófico que justamente Eco quiso evitar, espero haber dado argumentos, si no suficientes al menos sugerentes, de lo que se desprende cuando se trabaja teóricamente con pretensiones translaticias. Considero que a lo largo de este ensayo mi crítica debe ser entendida como un intento de explicación desde otro punto de vista de las razones por las cuales los mundos posibles son estudiados en filosofía tal y como lo hacen Hintikka y Kripke, por ejemplo.

PARTE I

La Teoría de la Cooperación Textual.

El propósito general de esta sección consiste en mostrar los aspectos más relevantes de la semiótica textual de Umberto Eco, sobre todo en lo que tiene que ver con su teoría de la cooperación textual, en la medida en que dicha teoría se beneficia de sus ulteriores reflexiones sobre los mundos posibles. Eco es reconocido, en el ámbito teórico, por su modelo de interpretación basado en el reconocimiento de tres tipos de intención presentes en todo texto: la intención auctoris, la intención operis y la intención lectoris. Partiendo de la imagen según la cual en todo texto es posible distinguir «elementos no dichos», Eco desarrolla una perspectiva del texto que puede caracterizarse por los siguientes aspectos:

- Un texto, tal como aparece en su superficie (o manifestación) lingüística, representa una cadena de artificios expresivos que el destinatario debe actualizar. (LF; 73)
- Un texto (con mayor fuerza que cualquier otro tipo de mensaje) requiere ciertos movimientos cooperativos, activos y conscientes, por parte del lector. (LF; 74)
- Un texto es un mecanismo perezoso (o económico) que vive de la plusvalía de sentido que el destinatario introduce en él... (LF; 76)
- Un texto quiere dejar al lector la iniciativa interpretativa, aunque normalmente desea ser interpretado con un margen suficiente de univocidad. (LF; 76)
- Un texto es un producto cuya suerte interpretativa debe formar parte de su propio mecanismo generativo: generar un texto significa aplicar una estrategia que incluye las previsiones de los movimientos del otro... (LF; 79)

Tal y como es presentado por Eco en *Lector in fabula*, un texto es un artefacto diseñado dentro de ciertos condicionamientos culturales tan rigurosos que, difícilmente tolera usos indiscriminados; me refiero obviamente a lo que tiene que ver con su

funcionamiento como mecanismo. Por lo menos en cierto sentido, para Eco, un texto es una de las grandes expresiones de nuestra cultura, en el sentido en que involucra conductas sociales fuertemente elaboradas tales como la cooperación, que es el criterio por excelencia en los diferentes actos comunicativos. El término cooperación textual alude a un conjunto de conductas, sino preestablecidas al menos presupuestas, que debe realizar un lector (prefiero pensar en este caso en un lector empírico antes de saltar teóricamente al lector modelo) para realizar la capacidad comunicativa y la potencialidad significativa de un texto. (LF; 77) La «actualización» (1), la «movilización cooperativa, activa y consciente» (2), la «introducción de plusvalía de sentido» (3), la «interpretación» (4) y las «previsiones de los movimientos» (5), son conductas "propias", en el sentido de la necesidad estructural del texto, del lector para que se realice la razón de ser del texto. La razón central de todo texto, al decir de Eco, es su funcionamiento como un "artefacto" (la expresión es mía) significativo y, por ende, comunicativo. Sin embargo, por lo menos desde un punto de vista estratégico, dicha comunicación se basa en un primer momento en un conjunto de órdenes y/o instrucciones que apuntan a la equiparación del lector empírico con el lector modelo, es decir, con el lector postulado por la estrategia generativa textual. Vale la pena señalar que desde la perspectiva presentada a través de los puntos (1)-(5), un texto está provisto de un horizonte de expectativas que deben ser satisfechas en mayor o menor medida. Digamos que hay una aparente inconsistencia que aunque puede resolverse fácilmente debe ser tomada en cuenta a la hora de relacionar la perspectiva teórica de Eco sobre lo que es un texto cuando nos ubiquemos propiamente en la temática de los mundos posibles.

Un texto al prever ciertos movimientos, ciertas actitudes y conductas, nos señala, según Eco, su incompletud. Esta obedece a cierta orientación funcionalista y pragmática según la cual un texto como «artificio sintáctico-semántico-pragmático» (LF; 96), requiere de un dispositivo para que funcione: la interpretación a través de la lectura. De hecho la interpretación es una actividad que, si bien no está reglada y no es exclusivamente convencional, está inscrita dentro de un espacio significativo. Ahora bien, invocar la condición pragmática de la lectura como requisito para la activación funcional del texto es una exigencia de perogrullo en términos pragmáticos; a nadie se le ocurre la posibilidad que, instrumentos contruidos para una finalidad determinada (es decir, que involucra un espectro de usos), quede "reprimido" en su virtualidad. Por esta razón la exigencia de actualización del texto no es otra cosa sino la activación del mismo dentro de un proceso pragmático, semántico y sintáctico inscrito en su producción. Dicha "inscripción" es generalmente considerada como una anticipación estructural, como condición *sine qua non* de, en nuestro caso, el texto verbal. Al desentrañar esta compleja unidad sintáctico-semántico-pragmática con fines teóricos se genera en muchos casos ciertos efectos ópticos que nos hacen fijarnos más en un aspecto que en otro. En este sentido, el carácter incompleto es, a mi modo de ver, un efecto óptico producido por el acento dado a un aspecto con el consecuente detrimento de otros. Esto no es exactamente un pecado si consideramos que no existe una pauta económica distinta para abordar un problema teórico determinado; sin embargo, en ocasiones, se puede llegar a afirmar cosas que, de tomarse en serio, se convertirían en algo necesario de discusión. En el caso en el que nos ocupamos de la supuesta incompletud del texto ocurre algo similar, pensemos, por ejemplo en lo que significan expresiones como «plusvalía del sentido», «previsión» y «artificio expresivo».

La incompletud a la que parece referirse Eco está, de una parte, matizada por la «*existencia de espacios en blanco, de intersticios que hay que rellenar*» (LF; 76). Esto nos habla de algo bien interesante, o bien ese tejido entre lo dicho y lo no dicho funciona de

tal forma que el sentido está presente todo el tiempo en el texto -y en ese caso el papel del lector consistiría en explicitar o hacer manifiesto lo que ha quedado oculto- lo que afectaría la perspectiva interpretativa postulada por Eco en la medida en que la cooperación del lector ya no sería tomada como una inventiva interpretativa; o bien los espacios en blanco que hay que rellenar no se sabe como pueden ser rellenados -no existe algo así como una clave, una regla semántica o pragmática para rellenar de manera adecuada- y, en ese caso, el lector estaría ofreciendo un complemento a los espacios en negro del texto. La pregunta, desde esta última perspectiva, es ¿qué estrategias abordadas por parte del lector garantizan la continuidad requerida para llevar a cabo la tarea de la "completud"? Hay que reparar en lo que, metafóricamente hablando, funciona como pegamento o punto de enlace para completar el texto. Lo que interviene en ese contacto comunicativo y significativo entre el texto y el lector es el(los) sentido(s), pues, de hecho, hay por lo menos uno que nos demarca la coherencia textual. Sin embargo, miremos esto de cerca: la coherencia textual presupone al menos un sentido, éste proviene de la idea de totalidad del texto, de otra forma la coherencia estaría rebasada no por su incompletud sino por su deriva, en el sentido en que no habría un control específico entre, por ejemplo, lo externo y lo interno, es decir un principio de "engranaje" o "articulación" (empleo ambos términos en su sentido llano). Según Eco, dicho "principio" no puede ser otro sino la finalidad específica del texto, a saber, «*la construcción de su propio lector modelo*». ⁶

Como puede esperarse, desde un punto de vista pragmático, el famoso punto de enlace que genera o propone un vía de completud es la cooperación textual. Hay que reconocer que la exigencia de completud marcada por el imperativo de llenar los espacios en blanco es una ilusión óptica en la medida en que el texto no demarca de manera exclusiva la estrategia de su llenado. A mi modo de ver es plausible entender que el texto es tanto espacios negros como blancos y en esto consiste su especificidad. El tejido entre lo dicho y lo no dicho no se puede deshilar sin que desaparezca la razón de ser del texto. Esto equivale a desarmar, por ejemplo, unas tijeras y seguir esperando que corten de la manera como lo hace cuando esta herramienta está completamente armada.

La idea de la cooperación textual se convierte en el centro de su semiótica textual, con esta noción Eco pretende dar una respuesta satisfactoria a la relación entre texto y lector. Como se había planteado al comienzo, en un texto convergen tres tipos de *intention* y, en cierto sentido, al menos dos tipos de estrategias textuales: la del autor y la del lector. En términos generales se puede entender la estrategia como el conjunto de "pistas" e "instrucciones" que, según se trate del autor o del lector trazarán o seguirá cabalmente para orientar la interpretación del texto. Así por ejemplo, en un texto de Wittgenstein (*Las Investigaciones Filosóficas*), Eco muestra cómo el autor no es más que una estrategia textual que, en tal caso está en condiciones de hacer una serie de indicaciones: «...*el autor no es más que una estrategia textual capaz de establecer correlaciones semánticas*» (LF; 89). Volviendo al texto es tiempo de presentar la imagen más acabada que se hace Eco de éste, pues de ella depende nuestra comprensión cabal de la cooperación textual:

La iniciativa del lector consiste en formular una conjetura sobre la intención operis. Esta conjetura debe ser aprobada por el conjunto del texto como un todo orgánico. Esto no significa que sobre un texto se pueda formular una y sólo una conjetura interpretativa. En principio se pueden formular infinitas. Pero, al final, las conjeturas deberán ser probadas sobre la coherencia del texto, y la coherencia textual no podrá sino desaprobar algunas conjeturas aventuradas.

Un texto es un artificio cuya finalidad es la construcción de su propio lector modelo. El lector empírico es aquel que formula una conjetura sobre el tipo de lector modelo postulado por el texto. Lo que significa que el lector empírico es aquel que intenta conjeturas, no sobre las intenciones del autor empírico, sino sobre las del autor modelo. El autor modelo es aquel que, como estrategia textual, tiende a producir un determinado lector modelo. (LI; 41)

De esta extensa cita podemos destacar los siguientes aspectos: a fin de cuentas, el texto tiene un propósito central, la construcción del lector modelo. El lector modelo es el punto maximal de desarrollo tanto de la capacidad comunicativa como del potencial significativo de un texto, su tarea consiste en proponer las condiciones "ideales" de actualización de las intenciones que el texto posee: «*El lector modelo es un conjunto de condiciones de felicidad, establecidas textualmente, que deben satisfacerse para que el contenido potencial de un texto quede plenamente actualizado*» (LF; 89). Según esto, el texto construye el lector modelo de acuerdo con unas pautas convencionales o criterios identificados en la jerga de la filosofía del lenguaje como condiciones de felicidad. Como punto maximal, el lector modelo es una proyección de una "curva conjetural". A su vez, las conjeturas permiten contrastar la coherencia textual examinada anteriormente. El mecanismo de la conjetura está, como veremos más adelante, íntimamente ligado con ciertas versiones de los mundos posibles entre las que se cuenta la de Eco. La cooperación textual, según el recorrido que hemos venido haciendo, es el encuentro entre las perspectivas del autor modelo, el lector empírico y el lector modelo; lo que debemos entender, desde el punto de vista de las intenciones, como una especie de encuentro o recorrido intencional. Sin embargo, vale la pena recordar que dentro de la perspectiva teórica de Eco «*la semiótica de la interpretación (teorías del lector modelo y de la lectura como acto de colaboración) suele buscar en el texto la figura del lector por constituir, y por tanto, busca también en la intención operis el criterio para evaluar las manifestaciones de la intención lectoris*» (LI; 32). Esto significa que la intención auctoris debe ser reprimida lo cual se debe a que, para Eco, el criterio fundamental para que cualquier interpretación sea plausible apoyada en cualquier intención es la posibilidad de ser confirmada. En el caso de la intención operis «*si una interpretación resulta plausible en un determinado punto del texto, sólo puede ser aceptada si es confirmada -o al menos, si no es puesta en tela de juicio- por otro punto del texto*» (LI; 40); la intención auctoris difícilmente puede ser comprobada en la medida en que exige la localización, disociada en el texto, de las intenciones del autor modelo, lo cual para Eco carece de sentido porque dichas intenciones pertenecen al espacio conjetural del lector quien es el que se figura (a través de sus propias conjeturas) tales expectativas. Por su parte, la intención operis se hace manifiesta en y a través del texto mismo. El autor modelo, es la estrategia textual sobre la que indaga el lector empírico y puede reconocerse como otro punto maximal del trabajo conjetural realizado por este último. Aunque el autor modelo en ese sentido resulta, al igual que el lector modelo, postulado; esto no quiere decir que -y esta es la esperanza teórica de Eco- no puedan ser determinados o, al menos, detectados en el texto. De hecho, Eco le ha encontrado un valor que, a mi modo de ver es polémicamente interesante aunque no voy a desarrollar discusión alguna, sólo la menciono en aras de ofrecer un panorama un poco más amplio sobre la perspectiva teórica de Eco:

Por último, hay una tercera entidad, que normalmente es difícil de determinar, y es lo que yo llamo, por simetría con el lector modelo, el autor modelo. Labrunie podría haber sido un plagiarista y Sylvie podría haber sido escrita por el abuelo de Fernando Pessoa, pero el autor modelo de Sylvie es esa «voz» anónima que empieza la narración diciendo «Je sortais d'un théâtre» y

termina haciéndole decir a Sylvie «Pauvre Adrienne! Elle est morte au convent de Saint-S..., vers 1832» [...] Podríamos decir que este Nerval, que al principio de la lectura no existe todavía, a no ser por un conjunto de pálidas huellas, cuando lo identifiquemos no será sino lo que toda teoría de las artes y de la literatura llama «estilo».⁷

Voy a abordar, para terminar esta sección, una versión del texto ligada directamente a la cuestión de la interpretación y que se ha convertido, en uno de los temas que mayor atención y controversia ha suscitado entre Eco y algunos filósofos y críticos literarios que también investigan sobre este asunto: me refiero a la popular distinción entre uso e interpretación. Como ya se ha planteado el lector modelo que, en cierto sentido, es postulado por la estrategia generativa del autor, es previsto por el texto sólo en la medida en que dicho lector modelo esté en condiciones de actualizar la capacidad comunicativa y el potencial significativo del texto, esto quiere decir que un texto es un mecanismo complejo de auto-producción que se va convalidando y realizando en la medida en que proyecta la figura maximal del lector modelo; esto sólo es posible por la intervención directa y sin ambages del lector empírico. La pregunta obvia es con qué contamos al comienzo y qué tenemos al final; Eco ha sostenido a este respecto que «*Más que parámetro para convalidar la interpretación, el texto es un objeto que la interpretación construye en el intento circular de convalidarse a través de lo que la constituye*» (LI; 41). Esta cita nos permite confirmar dos comentarios hechos más arriba: por una parte, el texto es un conjunto de instrucciones (órdenes) que son sugeridas por la superficie del texto, es decir, por su soporte material el cual naturalmente no debe tomarse como sólo virtualidad ya que tanto el elemento significativo como su disposición comunicativa no son únicamente índices textuales sino, por el contrario, realizaciones efectivas del fenómeno textual. Segundo, la idea de que el texto es incompleto sólo tiene sentido si se acepta que el texto sólo puede confundirse con un soporte material o con un objeto portador que puede llegar incluso a ser leído una sola vez por un solo individuo para después perderse en el olvido o, incluso, no haber sido tocado por mano alguna lo cual es prácticamente inadmisibles. El texto es, pues, un "circuito" (empleo el término metafóricamente) semántico-pragmático complejo, por tanto debe obedecer a condiciones mínimas de circulación, es decir, debe no sólo insertarse dentro de una cultura concreta (contrastarse con diversos tipos de Enciclopedias), además debe estar en condiciones de mantener cierta autonomía de tal forma que pueda ser tomado como marco de referencia interpretativa. Es en este último sentido que Eco invoca los límites de la interpretación, pero para esto debe resolverse como es posible que el texto se auto-construya y profile su lector modelo. A este respecto podemos dar respuestas del tipo: el texto es algo más que unas condiciones materiales, es la convergencia entre ciertas actividades, la posesión de determinadas competencias y el hecho de compartir uno que otro tipo de Enciclopedia; todo esto reunido es lo que usualmente -y muchas veces bajo los efectos de la metonimia- es catalogado como texto. En este sentido el texto ya está construido y completo. Sólo quien confunde la actualización con la circunstancia empírica de la explicación del texto está en condiciones de decir que el texto está incompleto y esperar, por eso mismo, el final feliz de las lecturas prudentes que se acercan consensualmente a lo que todo texto desea: su lector modelo construido.

En lo que tiene que ver la relación entre uso e interpretación, se percibe un cambio de perspectiva que pasa de una tolerancia práctica (en *Lector in fabula*) (LF; 85-7), a una intolerancia académica (en *Los límites de la interpretación e Interpretación y sobreinterpretación*) (LI; 39-40; 357-70), (IS; 96-134; 151-164). Hacia 1979 Eco se pronuncia respecto al uso y la interpretación de esta manera:

Un texto no es más que la estrategia que constituye el universo de sus interpretaciones, si no "legítimas", legitimables. Cualquier otra decisión de usar libremente un texto corresponde a la decisión de ampliar el universo del discurso [...] creemos que hay que fijar ciertos límites y que, con todo, la noción de interpretación supone siempre una dialéctica entre la estrategia del autor y la respuesta del lector modelo (LF; 86)

En este contexto Eco confiaba férreamente en que, si se entiende al texto como parámetro interpretativo, esto hace que circule dentro del universo de discurso sin temor a que éste pudiera ser extendido a partir del texto mismo. El "universo de interpretaciones" es el resultado de calcular las posibles variantes en la dialéctica de las estrategias entre autor y lector modelo. Digamos que, entre ellos, el lector empírico cuya función conjetural es decisiva estaría encargado de hacer el test interpretativo el cual puede pensarse como la posibilidad de realizar o correlacionar las múltiples tensiones entre autor y lector modelo. La idea de interpretación "legítima" y "legitimable" proviene de tener en cuenta lo que puede decirse y lo que no puede decirse del texto. Si el test puede ser "verificado" o convalidado en y a través del texto (incluyendo por supuesto el universo presuposicional que lo atraviesa), el uso deberá ser entendido como el desconocimiento sistemático de más de un parámetro erigido para la interpretación. El argumento de Eco respecto al intento, por parte del uso libre del texto, de ser tomado en cuenta como interpretación legitimable proviene de una perspectiva fenomenológica que podemos evocar a través de ese hermoso verso de Borges: "Mis pasos claudicaron/ cuando iba a pisar el horizonte."

El uso libre es, para Eco, en el contexto de *Lector in fabula*, la posibilidad de modificar alguna condición semántico-pragmática del texto dando como resultado la producción de "otro" texto, por ende incontrastable desde la perspectiva interpretativa. Hay, en cierto sentido, una especie de monogamia interpretativa que no permite que una interpretación x de un texto A pueda serlo de un texto B cuando $A = B$: «...*ciertas novelas se vuelven más bellas cuando alguien las cuenta, porque se convierten en "otras" novelas*» (LF; 86). Esta rigidez prefigura que el uso libre es un abuso, donde vemos que Eco esgrime aquí argumentos teóricos si no suficientes, al menos plausiblemente eficaces. A mi modo de ver, las pocas páginas dedicadas a este asunto en la obra que estamos comentando, se debe a que, Eco no percibía problema alguno respecto a la cuestión del "uso" porque estaba asociado con la idea de libertad como arbitrariedad y, obviamente tales conductas no se presentan frecuentemente entre lectores empíricos con Enciclopedias más o menos cercanas al horizonte hermenéutico del texto. Digamos, en este sentido, que para el Eco de *Lector in fabula* la distinción entre uso e interpretación era de carácter "analítico", es decir, se daba por descontado que usar el texto no es lo mismo que interpretarlo.

Sin embargo, en los años siguientes a esta obra, Eco vuelve a insistir en el tema cuando, para sorpresa de todos, el asunto parecía saldado. La razón central de este nuevo interés por la cuestión del uso y la interpretación tuvo que ver con el auge de corrientes literarias fuertemente influenciadas por filosofías como el deconstruccionismo, el postestructuralismo, el post-modernismo y ciertas versiones pragmatistas norteamericanas especialmente. La preocupación (paradójica a mi modo de ver) de Eco se refería especialmente a la tendenciosa interpretación que, obrando culturalmente como una peligrosa bola de nieve relativista, ofrece Derrida sobre el concepto peirceano de semiosis ilimitada; según el filósofo francés:

Peirce va muy lejos en dirección a lo que hemos denominado anteriormente la desconstrucción del significado trascendental, el cual, en uno u otro momento, pondría un término tranquilizante a la remisión de signo a signo. Hemos identificado el logocentrismo y la metafísica de la presencia como el deseo exigente, poderoso, sistemático e irreprimible de dicho significado trascendental. Ahora bien, Peirce considera lo indefinido de esta remisión como el criterio que permitiría reconocer que se trata de un sistema de signos. Lo que inaugura el movimiento de la significación es lo que hace imposible su interrupción. La cosa misma es un signo [...] La identidad consigo mismo del significado se oculta y se desplaza sin cesar [...] lo representado es desde un principio un representamen ... Por lo tanto sólo hay signos desde que hay sentido.⁸

En este sentido la tesis derridiana acerca de la imposibilidad de detener la remisión sígnica una vez iniciada da como resultado la imposibilidad de encontrar significados estables. Según esta perspectiva, la significación es el resultado de un entrecruzamiento textual originado por la constante remisión de un signo a otro y, por ende, de un texto a otro: *il n'a pas dehors du texte*. La especificidad semántica que "ancla" en el mundo no lingüístico es, según esta perspectiva, una quimera; de lo único que disponemos cuando tratamos del sentido es de textos. Esta situación afecta no sólo a la concepción semántica tradicional sino que cuestiona la tentativa referencial "trascendente" de postular como criterio interpretativo el significado privilegiado, por ejemplo, del sentido literal. Esta deriva es cuestionada fuertemente por Eco, primero mostrando que Derrida sobreinterpreta los *Philosophical Writings* de Peirce ya que la semiosis ilimitada se refiere más a la posibilidad de incrementar las determinaciones de un signo de manera ilimitada más que a la idea de saltar al vacío, es decir, hacia la imposibilidad de reconocer un centro gravitacional de la significación. Por su parte, Eco sostiene:

Un signo contiene o sugiere el conjunto de sus consecuencias ilativas más remotas. Sin embargo, conocerlas a todas es una mera posibilidad semiótica actualizable únicamente en el ámbito de un contexto dado o bajo un perfil determinado. La semiosis es virtualmente ilimitada, pero nuestras finalidades cognitivas organizan, encuadran y reducen esta serie indeterminada e infinita de posibilidades. (LI; 359)

Encontrando así, en nuestras finalidades cognitivas, la posibilidad de abrigar el anclaje deseado para detener la deriva. Aún a pesar de que la perspectiva derridiana es bastante débil respecto a su concepción de lo que es un texto, pues al no tener en cuenta el aspecto pragmático de éste puede darse el lujo de evadir textualmente (es decir, teóricamente) los intereses de la vida práctica y cotidiana; la oferta derridiana no es desdeñable del todo. En este sentido, con mejores argumentos que los derridianos, Rorty asume el debate con Eco reivindicando los usos del texto frente a la idea esencialista o, para decirlo en términos derridianos, logocéntrica del privilegio de un significado especial.

Leer textos es una cuestión de leerlos a la luz de otros textos, personas, obsesiones, retazos de información o lo que sea, y luego ver lo que pasa. Lo que pasa puede ser algo demasiado extraño o idiosincrático como para preocuparse por ello... o puede ser estimulante y convincente... Pero lo que estimula y convence es una función de las necesidades y fines de quienes se encuentran estimulados y convencidos. De modo que me parece más sencillo desechar la distinción entre usar e interpretar, y sólo distinguir entre usos de diferentes personas para fines diferentes.⁹

Esta observación de Rorty ha sido trivializada hasta el cansancio por Eco; y no lo culpo en la medida en que la intención de Rorty era no sólo trivializar uno de los temas centrales de sus conferencias Tanner, sino que quería minimizar el problema usando argumentos del hombre corriente. Lo que no deja de ser interesante en la cita anterior, y a lo largo de su conferencia, es que Rorty quiere recordarle a sus colegas que existen, a pesar de ellos, individuos comunes y corrientes que están en condiciones de volver a La isla del día de antes un clásico de la literatura, evadiendo por todos los medios las expectativas del lector modelo.

Veamos entonces los motivos de Eco por los que vuelve a insistir en la distinción entre uso e interpretación. En la introducción a *Los límites de la interpretación* admite:

... es necesario, antes de nada, admitir que los enunciados pueden tener un "sentido literal", y sé lo controvertido que es este punto [...] Pero sigo pensando que, dentro de las fronteras de una lengua, hay un sentido literal de las voces léxicas, que es el que encabeza los diccionarios o el que todo hombre de la calle definiría en primer lugar cuando se le preguntara por el significado de una palabra determinada. (LI; 14)

Su interés por defender el sentido literal radica en que éste se constituye en el argumento que puede llevar al fracaso la tesis de la deriva derridiana, es decir, su interpretación de la semiosis ilimitada de Peirce; sin embargo, reconoce él que en su lúcida reflexión sobre la metáfora¹⁰ había llegado a conclusiones muy similares a las tesis derridiana de la ausencia de significados privilegiados. Para Eco la metáfora suscita una falsedad o incorrección enciclopédica, esto quiere decir que, de acuerdo con las condiciones dictadas por el conocimiento enciclopédico del momento, el que algo sea entendido como metáfora depende de la competencia enciclopédica del intérprete, lo cual plantea que si las condiciones interpretativas son modificadas convenientemente -algo así como el paso a una Enciclopedia más elaborada o construida según otros criterios-, ésta (la metáfora) puede desaparecer a través de un proceso de lexicalización, por ejemplo. Si, de alguna forma consideramos que las Enciclopedias, aún a pesar de tender a cierta estabilidad, no son *stricto sensu* definitivas y están expuestas a la contingencia de las transformaciones histórico-culturales de diversas sociedades; la idea de una defensa del sentido literal se convierte en una manera de anudar sincrónicamente el proceso interpretativo lo cual, a mi modo de ver es correcto. La dificultad radica en tratar de exigirle al modelo teórico de la cooperación textual un criterio hermenéutico desproporcionado: instaurar el horizonte de interpretaciones correctas posibles, cuando uno de los aspectos pragmáticos del texto no está determinado exclusivamente por el sentido literal. Cuando Eco afirma que el texto se autoconstruye interpretativamente en la viva imagen del «círculo hermenéutico» reconoce que el texto es algo más que sentido literal. Por eso volviendo a un texto ya citado: «*más que parámetro para convalidar la interpretación...*»,¹¹ debemos entender al texto en su horizonte pragmático y no simplemente semántico, esto último sólo tiene efectos ópticos. Los mejores argumentos de Eco para defender la interpretación del uso son de carácter ético y, probablemente, lo que muchos de sus lectores queremos escuchar de él son argumentos estéticos que vayan más allá de la imagen de lo que es un texto cerrado y lo que es uno abierto. Justificar una labor teórica es un gesto bastante noble aunque, desde una perspectiva ética, creo que muchos teóricos coincidirían conmigo en que la labor teórica al igual que la pedagógica son asuntos nobles que tal vez no necesitan justificación o discusiones de carácter ético si con ellas no estamos dañando o presionando a alguien. Por eso cuando Eco justifica su labor teórica invocando la

necesidad de evitar perversiones como las realizadas por los derridianos, los delezianos o los rortianos y todos aquellos que amenazan la perspectiva cooperativa a través del *misreading*; uno se siente como si estuviera frente a un viejito conservador y moralista y no frente al gran intelectual que es Umberto Eco. Hay que descreer de quienes a través de connotaciones moralistas quieren normativizar actos tan libres (ojo no arbitrarios) como la interpretación de textos diciendo que hay interpretaciones buenas e interpretaciones malas donde Bueno y Malo están lejos de ser entendidos de otra forma que no sea dentro de una perspectiva moralista. Una salvedad, podemos pensar que en afirmaciones como «*Decidir cómo funciona un texto significa cuál de sus diversos aspectos es o puede ser relevante o pertinente para una interpretación coherente, y cuál resulta marginal e incapaz de soportar una lectura coherente*» (IS; 159), Eco está pensando en la necesidad de acabar con tanta impostura intelectual que se presenta a cada instante, pero permítaseme recordar que las necesidades teóricas no existen y, las que así se llaman son, en realidad, necesidades de orden psicológico, biológico o social en primera y tal vez en última instancia.

2. ¿Qué es un Mundo Posible?

En esta segunda sección me voy a ocupar de las tesis centrales de Umberto Eco sobre los mundos posibles tal y como él los entiende. Brevemente quiero destacar los aspectos más relevantes de la cooperación textual anteriormente tratados; por una parte hemos visto que un texto es, básicamente, un artificio intencional y conjetural. Pero podemos agregar a esta descripción otra que apenas fue mencionada, un texto posee, también, una "masa" presuposicional. Si bien es cierto que al mencionarse la tensión formada entre lo dicho y lo no dicho, nos habíamos ocupado de la actualización por parte del lector; se puede decir que en dicho proceso de actualización de los contenidos se busca rellenar los espacios en blanco. Pero, ¿cómo nos enteramos de la existencia de los espacios en blanco? Aún a pesar de lo trivial que pueda parecer esta pregunta, a través de ella pretendemos esclarecer por qué la manifestación lineal del texto y lo que usualmente conocemos como su sentido literal, quedan comprometidos lógicamente y semánticamente con lo no dicho. Contrario a lo que piensa Eco, más que una máquina perezosa, el texto es una máquina productiva como las de mayor capacidad y su virtud radica en su economía. Si pudiéramos construir una imagen cercana a lo que hace la máquina textual en lo referente al aspecto que estamos tratando, sería la de una máquina que aprovecha al máximo los materiales que emplea hasta el punto que todo lo que hay que saber de la máquina lo podemos averiguar por su producto. ¿Cuántas máquinas se dan el lujo de ser reconstruidas en su complejidad a partir del producto? Esto se debe a que gran parte de lo que hace el texto es él mismo, es decir, esta máquina se autogenera. Sólo una parte es discreta, se vuelve opaca ante nuestros ojos: lo no dicho, los espacios en blanco. Esta "parte" está organizada para que funcione en términos virtuales; al comienzo es fácil imaginar a través del mecanismo de la presuposición que la esencia de los espacios en blanco es ser llenados. Sin embargo, sería interesante pensar hasta qué punto dicha virtualidad es una condición de lo textual y, tomada así, su razón de ser es que si bien algunos espacios en blanco son actualizados, esto no es lo frecuente. Pensar en que lo deseable es la actualización máxima o completa de lo que está dispuesto virtualmente, es a mi modo de ver, un desconocimiento de la economía textual. Los puntos maximales son tendencias, curvas o soportes teóricos pero no realizaciones efectivas; esto desvirtuaría el sentido de los modelos en general.

A pesar de que el estudio de la presuposición abarca un escenario tan extenso como el de los mundos posibles, dentro de este contexto hemos de ocuparnos de una pequeña insinuación propuesta por Eco y que nos será útil más adelante en la discusión filosófica. La primera impresión que nos da la idea de presuposición dentro del contexto de la actualización es que si bien lo presupuesto es el indicio de que la manifestación lineal del texto y su sentido literal no es lo único que allí efectivamente acontece; de hecho la presuposición sugiere -desde un punto de vista semántico- la ampliación o extensión del sentido literal mostrando nexos temporales, existenciales, intencionales que están usualmente ligados a ciertos verbos. El nexo entre el sentido literal y lo que éste presupone es, usualmente causal en el sentido en que se prevé que debe haber sucedido determinado acontecimiento, o haberse realizado determinada acción, en fin que exista algo así como un principio de razón que dé cuenta de lo que se describe o se realiza a través de los contenidos de un texto. El problema central de la presuposición, tal y como he venido abordándola, tiene que ver con que lo presupuesto es generalmente mayor que lo manifiesto en el sentido en que la cadena presuposicional es grande aún en enunciados triviales y pobres. Por ejemplo en:

Juan se las ingenió para abrir la puerta

Podemos fácilmente encontrarnos con:

- (a) Juan se propuso abrir la puerta
- (b) Juan estaba ante una edificación
- (c) Juan es ingenioso
- (d) Juan existe
- (e) Juan sabe qué es una puerta
- (f) Juan tenía dificultades para abrir la puerta, etc.
- (h) La puerta estaba cerrada.
- (i) La puerta no podía abrirse fácilmente.

Lo que usualmente se hace al encontrarse "desprevenidamente" con enunciados de este tipo es extraer el mínimo de inferencias o realizar el mínimo de conjeturas sobre cuál de estas presuposiciones puede ser tomada como su fuerza ilocucionaria. En ocasiones se puede llegar a pensar que la tarea de la interpretación podría consistir en elucidar cosas como la presuposición correcta o la masa presuposicional "relevante" que debe tenerse en cuenta en cada ocasión. Eco ha sostenido al respecto que:

Hablar de presuposición en estos casos llevaría a concluir que todo en la lengua es un fenómeno presuposicional. Pero entonces el concepto de presuposición sería coextensivo con el de interpretación, porque interpretar significa, indudablemente, hacer surgir del discurso lo no dicho, al menos en el sentido de que con un solo término se comunican muchas propiedades que sería redundante explicitar (el subrayado es mío) [...] no se puede hablar, sin embargo, de alguien que se acaba de despertar si todos los hablantes no concuerdan sobre el hecho de que antes estaba durmiendo. Para una teoría de la interpretación, es interesante definir precisamente aquellos casos en los cuales, si los hablantes no concuerdan sobre lo presupuesto, se produce el colapso de la comunicación. (LI; 310)

Esta cita nos da pistas sobre lo que Eco tiene en mientes respecto a su teoría de la interpretación y, en cierto sentido, sobre lo que pasa con el texto literario. Los

movimientos y previsiones por parte del lector empírico en busca del lector modelo pueden proyectarse bajo este trasfondo: interpretar sería coincidir con las expectativas movilizadas en la intención operis, por ejemplo. Pero también, nos muestra Eco, que se puede optar por un principio de interpretación que consista en coincidir con la presuposición que constituye la fuerza ilocucionaria de la emisión; esto equivaldría a interpretar correctamente. En el caso del texto literario podemos encontrarnos con que los vínculos entre presuposición y texto manifiesto son tan ambiguos como se quiera y la cadena presuposicional es gigantesca. Aunque podría objetarse que dicha cadena está directamente relacionada con el tamaño del texto, es decir, con el número de emisiones y actos de habla allí proferidos, esto no resolvería la cuestión de los textos poéticos, por ejemplo.

Una vez insinuadas algunas líneas sobre las que valdría la pena profundizar en la obra semiótica de Eco, paso a la exposición nuclear de este ensayo: Los mundos posibles según Umberto Eco. Me dedicaré a exponer sin detenerme los aspectos más relevantes de esta concepción sin contrastarla con las propuestas teóricas de otros autores -lo cual se hará en la segunda parte.

- Un mundo posible no es un conjunto vacío sino lleno o, para usar una expresión que circula en la literatura sobre el tema, un mundo amueblado (LF; 173).
- Definamos como mundo posible un estado de cosas expresado por un conjunto de proposiciones en el que, para cada proposición, p o $\sim p$. Como tal, un mundo consiste en un conjunto de individuos dotados de propiedades (LF; 181).
- Un mundo posible también puede interpretarse como un desarrollo de acontecimientos. Como ese desarrollo no es efectivo, sino precisamente posible, el mismo debe depender de las actitudes proposicionales de alguien que lo afirma, cree, lo sueña, lo prevé, etc. (LF; 181)
- Ningún mundo posible podría ser totalmente autónomo del mundo real, porque no podría caracterizar un estado de cosas máximo y consistente a través de la estipulación *ex nihilo* de todo su "mobiliario" de individuos y propiedades. Por eso un mundo posible se superpone al mundo "real" de la enciclopedia del lector. (LF; 185)
- Un mundo posible es algo que forma parte del sistema cultural de algún sujeto y que depende de ciertos esquemas conceptuales. (LF; 187)
- Un mundo posible es un *ens rationis*, mientras que el tejido de la red ferroviaria es un *ens materiale*, la totalidad de cuyos nudos se encuentra efectivamente realizada. (LF; 243)

En lo que sigue utilizaré las citas donde aparece la definición de lo que es un mundo posible, haciendo notar en cada caso lo que esto supone o implica, siempre y cuando se conserve la distinción entre el comentario y la cita en *Lector in fabula*; acto seguido procederé a mostrar la manera como esta idea ha sido enriquecida tanto en Los límites de la interpretación, como en Seis paseos por los bosques narrativos.

Un mundo posible es un conjunto amueblado (1); en la medida en que la definición de conjunto más cercana que tenemos nos la brinda la última parte de (2), obtenemos que en este conjunto hay individuos dotados de propiedades. Luego un conjunto es una colección. La colección es una forma de orden que puede tener en cuenta a ciertos individuos que, por ejemplo, cumplen con algunos requisitos como propiedades y/o relaciones. Aunque puede presentarse el caso en que el principio de organización del conjunto sea discreto o borroso, por ejemplo el universo físico o los estados psicóticos, o

entrópicos y caóticos. Estos últimos "principios" pueden dar como resultado acontecimientos (aunque es problemática la idea de si pueden independizarse de la espacio-temporalidad. ¿Qué tan rígida (es decir que obedezca a un único principio claramente identificable), o qué tan flexible puede ser una colección (piénsese en *El lenguaje analítico de John Wilkins* de Borges)? Otra forma de ver un conjunto amueblado: El criterio de organización puede ser la descripción definida del conjunto, o un nombre propio. Por ejemplo, ¿estaría permitido afirmar que "mundo posible" es una descripción definida, o un nombre propio? En ese caso, estaríamos en condiciones -al reconocer el principio organizador- de determinar qué individuos satisfacen la propiedad de ser entidades del mundo y ser posibles, es decir, poder pertenecer a otro mundo. Claro que, habría que determinar qué significa el término otro en ese caso porque semánticamente debemos estar empleando el término 'mundo' en el mismo sentido. Sabemos, sin embargo, que ser posible no es una propiedad sino un operador modal. En tal caso, ¿qué se quiere decir cuando se afirma que un mundo posible es un conjunto?¹² Es importante tomar nota que interpreto mundo amueblado como conjunto con individuos porque si se sostiene que un mundo posible es un mundo amueblado volvería sustituibles (sinónimos) a los términos [posible] y [amueblado].

¿Cómo interpretar la afirmación "Un mundo posible es un estado de cosas expresado por un conjunto de proposiciones"? (2) Se asigna a las proposiciones la propiedad de representar (expresar) un determinado estado de cosas; en términos generales hay serios indicios para afirmar que las proposiciones cumplen una función que no realiza el estado de cosas, de otra forma tendríamos: un conjunto de proposiciones expresa estados de cosas o, los estados de cosas expresan proposiciones o, los estados de cosas se autoexpresan. Lo cual sería un despropósito. Por tanto, entre el estado de cosas, que define a los mundos posibles, y las proposiciones, que lo expresan, hay una relación de representación. Los pocos elementos de juicio que se tienen para establecer qué es un estado de cosas, en el caso de Eco dan a entender que se trata o bien de actitudes proposicionales, o bien de acontecimientos, acciones y, en general del estado del referente o lo que él llama el mundo "real" (LF; 181-3). En LI, por ejemplo, mejora su versión de lo que es un estado de cosas al proponer que éste no es solamente algo proveniente de la realidad dura, sino que se trata de «*estados de cosas que se describen en los términos del mismo lenguaje en que habla el texto narrativo*» (LI; 217). Pero, de hecho, esto es válido para cualquier reflexión antirrealista que sostenga que de lo único que estamos ciertos es del lenguaje y, por tanto, los estados de cosas han sido postulados a partir de la representación llevada a cabo por el lenguaje; de tal suerte que la idea de expresión tomaría dimensiones metafísicas insalvables. Todo parecería indicar que si en el texto narrativo los estados de cosas se dan en los términos del lenguaje, podría inferirse que, con ese argumento Eco logra salvar un escollo ontológico acerca de la noción de representación porque ésta supone la diferencia sustancial entre lenguaje y mundo. Sin embargo hay que reparar que el universo representacionista se extiende más allá de esa célebre distinción de comienzos de siglo; lo que interesa para determinar el representacionismo es la confianza en que la representación ofrece ideas de verdad como adecuación fuerte entre la expresión y lo expresado, por ejemplo.

(3) y (4) se complementan dando paso a una versión coherente de los mundos posibles. Observemos que, la idea de un desarrollo de acontecimientos presupone cierto encadenamiento lógico, pragmático y semántico que esté determinado estructuralmente por la realidad, es decir, por el estado actual del referente, la enciclopedia vigente y la misma actitud proposicional; lo que varía en este caso es que no se ha producido y que no se produce actualmente dicho desarrollo. Acontecimientos que no dependen de los

seres humanos constituyen mundos posibles con una carga semántica mayor; acontecimientos que dependen de seres humanos constituyen mundos posibles con una carga pragmática mayor (por su actitud realizativa). Si el desarrollo de acontecimientos puede ser descrito pero no explicado pertenecerá a la esfera de la posibilidad; si dicho desarrollo puede ser descrito y explicado a cabalidad pertenecerá a la esfera de la probabilidad, es decir, será producto de un cálculo. La diferencia entre los dos obedece a una posición netamente epistemológica: la posibilidad ofrece la flexibilidad de la indeterminación, la opacidad de la ejecución pragmática es de este estilo; la probabilidad procede de manera determinista aunque ajustada a la serendipidad, el duro acontecer de los fenómenos naturales es de este estilo. Tanto en la una como en la otra se depende de la estructura de lo "real". Sin embargo, en el caso de la posibilidad lo real ha tenido que expandirse -ontológicamente hablando- para dar paso a la paradójica existencia posible. Cuando lo "real" está definido desde la perspectiva de una enciclopedia, los mundos posibles dependen de actitudes proposicionales; en este sentido lo posible depende de la estructura semántico-pragmática de lo real así definido. Las actitudes proposicionales que son para Eco, acontecimientos mentales (LF; 162) son las responsables de los mundos posibles. Como en (5) recuerda Eco los mundos posibles dependen de esquemas conceptuales, nos encontramos con que si bien se despsicologiza esta relación actitud proposicional/mundo posible, al ser tratada como «*correspondencia formal entre dos construcciones*» (LF; 191) exige una nivelación de contraste entre la enciclopedia asumida y la confrontada que, generalmente, es entendida como un conjunto de proposiciones que conforman el texto. Sostener que un personaje tiene actitudes proposicionales es, por tanto, personificar el personaje. Los mundos posibles de los personajes son, en realidad los mundos posibles del lector. De hecho, los únicos mundos posibles narrativos ni siquiera depende del autor sea modelo o empírico depende del contraste entre intentio operis e intentio lectoris.

La dependencia ontológica manifiesta en (6) es ineludible. La mejor imagen kantiana de Eco surge de esas líneas; los mundos posibles al depender del contraste entre enciclopedia, texto y esquema conceptual nos devuelve la idea según la cual a partir de algunas situaciones, contextualmente determinadas, son posibles los mundos posibles.

PARTE II

Esta segunda parte recoge brevemente otros aspectos relevantes de la versión de Eco sobre los mundos posibles, los cuales no han sido incluidos anteriormente porque suscitan discusiones de orden filosófico que, en ocasiones habrán de ser resueltas de forma inmanente a la presentación aquí ofrecida. Muchas de las críticas pueden ser vistas como totalmente injustificadas porque parten de la decisión de una lectura tendenciosa que se niega a creer que "tomar prestadas" ciertas nociones filosóficas bajo la presunta homonimia, exime a Eco de ser revisado filosóficamente.

¿Para qué sirven los Mundos Posibles?

En esta segunda parte es importante tener en cuenta dos aspectos centrales: al avanzar entre las definiciones de los mundos posibles surge el interés tanto por el inventario terminológico empleado por Eco, como por la justificación respecto a lo que se

puede hacer con los mundos posibles. El primer aspecto será revisado rápidamente simplemente indicando los momentos de mayor tensión respecto a la breve discusión de la segunda parte. Los mundos posibles están constituidos por individuos con propiedades, plantea Eco, tanto en *Lector in fabula* como en *Los límites de la interpretación*. Como las diversas decisiones teóricas se enfilan hacia la idea de mundos narrativos posibles es necesario evitar la confusión que este término puede sugerir respecto a los mundos posibles ya que, dentro de la perspectiva de la semiótica textual, la caracterización de lo que agrega el adjetivo narrativo está involucrada con una decisión teórica según la cual

un texto narrativo presenta todos los problemas teóricos que hay en cualquier otro tipo de texto, además de algunos que le son propios. En ellos encontramos ejemplos de todos los tipos de actos lingüísticos y, por consiguiente, de textos conversacionales, descriptivos, argumentativos, etc. (LF; 99-100).

Es decir, Eco acude al texto narrativo en la medida en que éste es un modelo más completo de texto ya que involucra aspectos sintáctico-semántico-pragmáticos suficientes para conservar tanto la idea de texto en su generalidad y mayor amplitud, como para lograr ser homologado, en cuanto a sus propiedades, con las tesis centrales de lo que él entiende por mundo posible; por tal razón al hablar Eco de mundos posibles narrativos es, desde el interés teórico que aquí nos mueve, equivalente a hablar de mundos posibles. Las características de los mundos narrativos son prácticamente las mismas para los diversos usos que de los mundos posibles hace Umberto Eco. La indistinción entre individuos y personajes es manifiesta a lo largo de sus exposiciones, por tanto se puede garantizar que el uso indiscriminado de términos como individuos en algunas ocasiones y personajes en otras no es relevante. De tal suerte, podemos continuar con la presentación de su vocabulario sin volver a distinciones de este estilo. Empezando por los individuos que, como ya sabemos están dotados de propiedades, nos interesa destacar el siguiente aspecto que es, a todas vistas, central para la discusión posterior: «*Esos individuos se nos aparecen en los mundos narrativos como ya preconstituídos (el subrayado es mío)*» (LF; 185). Esta afirmación deberá ser entendida en todo su alcance, esto significa que, aún a pesar de Eco, la preconstitución así como su contrapartida fenomenológica la constitución tienen efectos ontológicos irrehuibles.¹³ Por otra parte, cuando Eco nos disuade de la corrección lógico-ontológica según la cual los individuos «*se reducen a combinaciones de propiedades*» (LF; 184) altera fuertemente tanto la idea de identidad - que inmediatamente presentaré- como la idea de construcción de mundos posibles. Más allá de la estrategia estructuralista para desontologizar los mundos posibles tal y como él los ve, Eco renuncia a través de la afirmación que acabamos de citar al criterio central de estipulación de sus mundos posibles, a saber, las actitudes proposicionales. La razón es bastante sencilla: si los individuos dependen ahora de la combinatoria de propiedades son manipulados desde un punto de vista lógico, no epistemológico y, por tanto no es necesario invocar actitudes proposicionales para establecer la correspondencia formal entre varias enciclopedias ya que dicha estipulación estaría prevista por un cálculo. Si la alternatividad no es lo suficientemente radical no tiene sentido estipular un mundo posible nuevo ya que éste estaría comprendido dentro del cálculo lógico del mundo posible precedente. La constante revisión de las actitudes proposicionales, por ejemplo pasar de creer a saber, vuelven indeterminados a los enunciados que comparten más de un operador modal, sobre todo si comparten el mismo cometido semántico: no es lo mismo *a cree que p* que *a sabe que p* aunque *a sabe que p* equivale a *a cree que p*. Pero esto se vuelve más difícil cuando los verbos no cumplen el mismo cometido semántico: *a duda*

que p es parcialmente incompatible con a niega que p . Esto debe ser tenido en cuenta porque dependiendo de los verbos modales que intervienen en las actitudes proposicionales depende el vínculo entre mundos posibles. Debe tenerse en cuenta, igualmente, qué tipo de sugerencia está inscrita en la imagen de la construcción de mundos posibles porque, si ésta depende de actitudes proposicionales cualquier cambio de propiedades en un individuo no amerita la generación de un nuevo mundo posible. Este error lo comete frecuentemente U. Eco. Si esto fuera así tendríamos que asumir, por una parte una rigidez implacable por parte de cada enciclopedia y, además, deberíamos explicar cómo a partir de criterios internos tales como las propiedades -que a su vez deben ser entendidas como reglas pragmáticas, es decir que no pueden ser cambiadas a capricho sin cambiar la configuración del mundo posible- podemos lograr estipular mundos con los mismos enunciados. Eco ha insistido en que un texto debe ser visto como una máquina para producir mundos posibles (LF; 243) pero él mismo no es un mundo posible, es una «*porción de la realidad*» (ídem), por tanto, si los mundos posibles dependen de una especie de decisionismo del lector, dicho decisionismo debe operar con reglas o leyes lógicas de lo contrario nadie estaría en condiciones de explicitar, por ejemplo las propiedades de los individuos, es decir, de determinar la consistencia del mundo posible en cuestión. Con esta discusión quiero dejar en claro que, según esto, Eco no sólo no ha podido evadir las exigencias lógico-semánticas de orden filosófico sino que, en cierto sentido, las ha reforzado.

Otro aspecto central dentro de su reflexión sobre los mundos posibles radica en que una vez lograda la estipulación de mundos posibles a partir de la combinatoria de propiedades, y la determinación de correspondencias formales entre enciclopedias, se hace posible invocar ciertas reglas de accesibilidad. Con esta noción, sostiene Eco, se garantiza el isomorfismo estructural por el cual se establece si un determinado mundo comparte con otro las propiedades E-necesarias de sus individuos. En realidad la accesibilidad se convierte en un argumento para dar cuenta la relación de derivabilidad entre los mundos posibles y el mundo real. Así, por ejemplo, los mundos posibles son accesibles desde el mundo real pero lo contrario no es cierto. Esto se debe a que los mundos posibles están superpuestos al "real" (Cf. LF; 185-7). En este sentido, la idea de accesibilidad entre mundos descansa en una intermediación o en una comparación mediada con el mundo real, la alternatividad de los mundos posibles desarrollados a partir de las actitudes proposicionales de los personajes está viciada ya que un personaje sólo puede yuxtaponer los mundos posibles de sus actitudes proposicionales con el mundo de referencia descrito por la fábula. Cuando esto ocurre Eco tiene que resolver en qué sentido podemos hablar de actitudes proposicionales de personajes cuando sabemos, de antemano, que las únicas actitudes proposicionales eficaces para la estipulación de mundos posibles son las del lector; además tiene que explicar por qué y bajo qué criterios algunas veces, para considerar si hay individuos supernumerarios por ejemplo, tomo como mundo de referencia a W_n y, por qué, en otras ocasiones, cuando exijo que la credibilidad sea el criterio semántico y pragmático a tener en cuenta, acudo a la contrastación con el mundo "real". Por tanto, es importante insistir que la accesibilidad es un criterio perteneciente a la lógica modal aún a pesar de que Eco quiera evadir sus compromisos lógico-epistemológicos con esta disciplina. Cuando se reconoce la dependencia de los mundos posibles con el mundo real a través de la accesibilidad se está anclando ontológicamente. Esto, sin embargo es lo que manifiestamente ha querido evitar Eco al pensar en el mundo "real" como una construcción cultural y al relativizar el tamaño del mundo de referencia. Pero lo que más inquieta respecto a la accesibilidad propuesta por Eco es que vuelve problemática la idea de "descripción exhaustiva" de un

mundo cualquiera porque según esta idea no estamos en condiciones eficaces para explicitar todo lo que acontece en cualquier mundo de tamaño considerable:

No sólo es imposible establecer un mundo alternativo completo, sino que también es imposible describir como completo al mundo "real". Incluso desde un punto de vista formal es difícil producir una descripción exhaustiva de un estado de cosas que sea máximo y completo. (LF; 185)

Si esto es así la accesibilidad es de carácter interno y no puede ser toma como criterio para garantizar el isomorfismo estructural ya que éste se da a nivel de la lógica de categorías y, por tanto la accesibilidad debe ser definida al interior de la estructura lo cual es un sin sentido porque ella debe correlacionar mundos (los que son accesibles son los mundos no los individuos) y, por tanto no puede esta depender de las propiedades de los individuos tal y como lo ha mostrado Eco. Si conservamos esta discusión se vuelve sorprendente, desde un punto de vista lógico la afirmación de Eco en *Seis paseos por los bosques narrativos* según la cual: «*todo aquello que el texto no nombra o describe expresamente como diferente del mundo real (el subrayado es mío)*, debe ser sobreentendido *como correspondiente a las leyes y a la situación del mundo real*» (SP; 93). La impertinencia de esta sugerencia meinongiana es refutada por Rorty de manera contundente:

Esta estrategia sólo se ve en apuros cuando empezamos a tener en cuenta propiedades como «existente» y a preguntarnos si existe un conjunto de propiedades que, junto a todas las que pueden adscribirse a Sherlock Holmes, incluye una adicional: la propiedad de existir.¹⁴

El problema referencial que está en juego es, bajo qué condiciones podemos sostener que nombrar equivale a existir; cuando empleamos descripciones identificadoras o nombramos estamos haciendo algo equiparable a procedimientos intensionales en donde identificamos o comparamos intermundanamente: es decir hablamos en términos de $f(x)$ pero no le asignamos un valor determinado, por que esto equivaldría a asignarle todos los valores lo que, por el axioma de reductibilidad de Russell, no es necesario. Nombrar y describir son actividades intensionales que, en ocasiones específicas, hacen las veces de operaciones extensionales como en el caso de las descripciones definidas, es decir cuando usted llena la casilla del x; mientras tanto y como toda operación intensional, sólo sirven para trazar líneas de mundos. Los sobreentendidos pertenecen al orden de lo pragmático, en modo alguno al orden lógico-semántico. Precisamente, en términos referenciales, al emplear descripciones identificadores o al nombrar estamos en condiciones de cuantificar existencialmente a los objetos, pero si esto no se hace entonces cómo llegamos a ello. Considero que el proceso inferencial tiene un límite claro que tradicionalmente se olvida el contexto situacional del mundo posible en cuestión. Completar el mundo posible con lo que hay en el mundo real equivale a violar la máxima de Eco respecto a las limitaciones de la "descripción exhaustiva".

Si los mundos posibles sirven para realizar tests de comprensión de lectura, considero que podemos obviar el instrumento sofisticado e ir directamente al grano; no es necesario tematizar la diferencia entre W_0 y W_n pues para ello contamos con nuestras habilidades sintáctico-semántico-pragmáticas por las cuales no sólo compartimos enciclopedias sino que somos capaces de comprender y simular las actitudes proposicionales de los demás. Prevenir los problemas de *misreading* (LI; 225ss) a través de un aparato terriblemente engorroso por su homonimia injustificada es inútil, entre otras

cosas porque el *misreading* depende de la aceptación del esquema conceptual de otro individuo en un contexto plausiblemente coherente. Cuando Eco arguye que es necesario recurrir a los mundos posibles para salvar a estudiantes de decir que *Hamlet era casado* (LI; 215) no se está invocando a la verdad de manera adecuada. Si un estudiante afirma que Hamlet estaba casado, no está mintiendo, ni cometiendo una falsedad. Simplemente nos está manifestando que no ha leído la obra o que no sabe leer, es decir, que es analfabeta. Uno puede decir que un enunciado no es defendible o es inconsistente cuando involucra operaciones cognitivas como describir, percibir, reconocer y, en el caso de los informes de lectura tales son los casos. Lo que incomoda de la afirmación de Eco según la cual el caballo de Sylvie de Nerval tiene que existir es que justamente no sólo no se menciona sino que hablar de la existencia de ese caballo es completamente irrelevante para la lectura de Sylvie. Todo parece indicar que el famoso "privilegio alético" de los mundos narrativos es la verdad de perogrullo, es decir, del orden de una evidencia satisfecha con la mera descripción. Si los mundos posibles sirven para prevenirnos de las lecturas parasitarias de los textos qué tipo de instrumento habrá que construir para eliminar las teorías parasitarias que arrojan resultados tan pobres como: «*se ha discutido mucho qué quiere decir que una aseveración es verdadera en un mundo narrativo. La respuesta más razonable es que es verdadera en el marco del Mundo Posible de esa determinada historia (el subrayado es mío)*» (SP; 97). En esta cita todavía no hay una explicación, es un resultado que depende de lo que, por ejemplo, la filosofía avance sobre el tema de la verdad. Por último la homonimia en términos teóricos no se realiza como un procedimiento de "fuga conceptual"; si se tratara de eso emplearíamos neologismos para marcar radicalmente la diferencia. Si esto no se hace es porque se quiere seducir siendo rebelde pero conservando nexos lógico-semánticos demasiado fuertes como para simular que los mundos posibles no tienen nada que ver con la lógica modal con sus implicaciones representacionistas.

Referencias:

¹ Para una completa documentación sobre la lógica modal véase: G. E. Hughes & M. J. Cresswell; *Introducción a la lógica modal*, Madrid, Tecnos, 1973. Asimismo Jaakko Hintikka; *Saber y creer*, Madrid, Tecnos, 1979.

² Hintikka, op. cit., p. 52.

³ Para tener un panorama de la discusión filosófica desarrollada en esta época en torno a la semántica y la lógica modal véase: Thomas Moro Simpson; *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1973. Especialmente la segunda parte.

⁴ La tesis de Brentano es la siguiente: «Todo fenómeno psíquico está caracterizado por lo que los escolásticos de la Edad Media llamaron la inexistencia intencional (o mental) de un objeto, y que nosotros llamaríamos, si bien no con expresiones enteramente inequívocas, la referencia a un contenido, la dirección hacia un objeto (por el cual no hay que entender aquí una realidad ['Realität']) o la objetividad inmanente. Todo fenómeno psíquico contiene en sí algo como su objeto, aunque no todos del mismo modo. En la representación hay algo representado; en el juicio, algo admitido o rechazado; en el amor, amado; en el odio, odiado; en el apetito, apetecido, etc.» Citado por Manuel García-Carpintero en *Las palabras, las ideas y las cosas. Una presentación de la filosofía del lenguaje*, Barcelona, Ariel, 1996. Pp. 55-6.

⁵ Bertrand Russell & Alfred Whitehead, *Principia Mathematica*; en Bertrand Russell; *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1977. Véase especialmente: Introducción Capítulo 2.

⁶ Para una documentación más interesante sobre la importancia de los mundos posibles, véase el ensayo de J. Hintikka: "Las intenciones de la intencionalidad" en J. Hintikka, A. Macintyre, P. Winch y otros; *Ensayos sobre explicación y comprensión*, Madrid, Alianza, 1980. Pp. 9-40.

⁷ Nelson Goodman; *Los lenguajes del arte*, Seix Barral, Barcelona, 1974. *Ways of Worldmaking*, Hassocks, Sussex, Harvester Press, 1978 y *Of Mind and Other Matters*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1984. Y Jerome Bruner; *Realidad Mental y Mundos Posibles*, Gedisa, Barcelona, 1994.

⁸ Umberto Eco; *Lector in fabula*, Barcelona, Gedisa, 1993. Pp. 174ss. En adelante citaré esta obra como LF, seguida del número de página.

⁹ Umberto Eco; *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1992. P. 41. De ahora en adelante citada como LI, seguida de la página.

¹⁰ Umberto Eco; *Seis paseos por los bosques narrativos*, Barcelona, Lumen, 1996. Pág. 22. De ahora en adelante citada como SP seguida de la página.

¹¹ Jacques Derrida; *De la gramatología*, México, Siglo XXI, 1986. Pp. 63-4.

¹² Umberto Eco; *Interpretación y sobreinterpretación*, Cambridge, Cambridge U. P., 1995. Pp. 114-5. En adelante citada como IS, seguida del número de página.

¹³ Cfr. LI. Especialmente 3.3 De la interpretación de las metáforas. Pp. 160-80.

¹⁴ Véase supra Pág. 10

¹⁵ Es claro que la afirmación: Un mundo posible es un conjunto vacío está dando a entender que, al no operar con individuos, su principio de organización no es una operación modal sobre un acontecimiento o individuo en tal caso no se está postulando la anómala existencia de entidades posibles. Hay una diferencia fundamental entre *es posible que p* dentro de un mundo en donde p puede ser definido y *en un mundo posible p*. En este último caso «posible» es un nombre propio y por eso tiene sentido decir *sea p*, no importa en qué mundo siempre y cuando sea un mundo. Lo mismo sucede para las descripciones definidas, por ejemplo: Sea x/ x es un líder si y sólo si $x \in a$ Mo, M1Mn; es decir el individuo que cumple con la propiedad ser líder, ya sea en el mundo de los Lobos o en el mundo de los políticos, siempre y cuando la propiedad se cumpla a cabalidad y de la misma manera en cada mundo. ¿Será un asunto de decisión decir frente a mundos vacíos propongo mundos amueblados? A mi modo de ver un conjunto amueblado no se propone con vistas o como opción a un conjunto vacío. En aritmética \emptyset es un subconjunto de cualquier conjunto.

¹⁶ «La constitución no es, como si dijéramos, un asunto interno, sino una cuestión de política exterior, es decir, una cuestión de comparaciones intermundanas. Lo producido en la constitución no está precisamente ni aquí ni allí -ni en un mundo ni en otro-. La constitución no crea habitantes de algún mundo posible, cualquiera que éste sea, sino que únicamente da lugar a métodos de comparar entidades situadas en distintos mundos posibles con vistas a su identidad [...] Los falsos visos de idealismo ... provienen de que, al manejar conceptos intencionales, estamos tratando con individuos en calidad de miembros de más de un estado de cosas o de curso de acontecimientos (el subrayado es mío). Lo que un lógico denomina individuos y lo que precisa por ejemplo como valores de sus variables ligadas a menudo no son, por lo tanto, elementos pertenecientes a este o aquel mundo particular ... los individuos necesarios en lógica y en semántica se asemejan más a líneas de mundo que a sus nódulos» J. Hintikka: "Las intenciones de la intencionalidad" Pp.37-8.

¹⁷ Richard Rorty; *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1996. P. 200